

otros cincuenta años de odio; venid, ya es hora de que saldemos nuestras cuentas.

—Muy bien, padre, muy bien—exclamó Jorge soliviándose y mirando con calenturientos ojos al anciano;—reconozco a usted.

—Sí, vayamos a los grandes bosques—prosiguió Pedro Munier,—y veremos si se atreven a seguirnos. Sí, ven, hijo mío, ven; más valen los grandes bosques que las ciudades. Allí está uno bajo la mirada de Dios, y Dios nos verá y nos juzgará.—Y volviéndose hacia los negros, añadió:—Muchachos, ¿he sido siempre para vosotros buen amo?

—¡Sí! ¡sí!—respondieron a una los negros.

—¿No me habéis dicho innumerables veces que me erais devotos, no como esclavos, sino como hijos?

—¡Sí! ¡sí!

—Pues bien, ha llegado la hora de probarme vuestra devoción.

—Ordene usted, nuestro amo—dijeron los negros.

—Entrad todos—repuso Pedro Munier. Y en cuanto los negros hubieron obedecido, añadió:—Mi hijo quiso salvaros, haceros libres, haceros hombres, y ved ahí su recompensa. Y no para todo aquí; herido, ensangrentado y en la agonía, quieren venir a prenderlo. ¿Os avenís a defenderlo, a salvarlo, a morir por él y con él?

—¡Sí!—respondieron los negros.

—¡Pues a los grandes bosques!—dijo el anciano.

—¡A los grandes bosques!—gritaron todos.

Sin demora trasladaron a Jorge del sofá a las angarillas de ramaje, y cuatro negros cargaron con él y tomaron la delantera acompañados de Lalsa y seguidos de los demás negros y de Pedro Munier, que dejó abierta de par en par la puerta de la casa, abandonada y huérfana de toda criatura humana.

El cortejo, compuesto de unos doscientos negros, siguió por algún tiempo el camino que lleva de Puerto Luis a Puerto Grande, y tras media hora de marcha torció a la derecha, hacia la falda del pitón del Centro, en demanda de las fuentes del río de los Criollos.

Antes de llegar a la falda opuesta de la montaña, Pedro Munier, que no se había movido de la retaguardia, se detuvo por breve espacio, se subió luego a una montañuela, y lanzando una postrera mirada a su hermosa vivienda, a sus feraces campos de caña dulce, casabe y maíz, a sus magníficos bosquecillos de pamplemusas, jambúes y tacamacos, y al espléndido horizonte de montañas que rodeaban su inmensa propiedad cual muralla gigantesca, pensó que habían sido menester tres generaciones de hombres honrados, laboriosos y bienquistos como él para convertir aquel trozo en el paraíso de la isla, y exhaló un suspiro y se enjugó una lágrima; luego, desvió la mirada y meneó la cabeza, y con la sonrisa en los labios emparejó con las parihuelas en que iba su hijo herido, por el cual abandonaba tantos bienes.

XXIV

LOS GRANDES BOSQUES

En el instante en que los fugitivos llegaron al manantial del río de los Criollos, amaneció, y los rayos del sol oriental alumbraron la granítica cumbre del pitón del Centro y despertaron a los habitantes de las selvas. Los hurones se levanta-

ban a cada paso bajo los pies de los negros y se volvían a sus madrigueras, los micos saltaban de rama en rama hasta las más flexibles extremidades de los vacoas, de los filaos y de los tamarindos, donde, suspendiéndose de la cola, se mecían para lanzarse a gran distancia y asirse, con maravillosa destreza, de otro árbol que les ofrecía más frondoso asilo. El gallo silvestre azotaba el aire con su pesado vuelo, mientras los papagayos parecían mofarse de él con su grito zumbón, y el cardenal, llama voladora, pasaba veloz como el relámpago y brillante como el rubí; en una palabra, la naturaleza, siempre joven, indolente y fecunda, con su serena tranquilidad y su tranquila dicha era una como eterna ironía de la agitación y los dolores de los hombres.

Después de tres cuartos de hora de marcha, los fugitivos hicieron alto en una meseta, al pie de innominada montaña cuya basa se baña en las aguas del río. El hambre empezaba a hacerse sentir; pero por fortuna cada cual había cazado algo durante el camino; unos, a palos, habían matado gran copia de hurones, a cuya carne son muy aficionadas los negros; otros habían matado micos y gallos silvestres, y por último Laísa había herido un ciervo, en persecución del cual salieron algunos negros que estuvieron de regreso con él una hora después. No faltaban, pues, provisiones.

Laísa aprovechó aquel alto para curar al herido, después de haberse apartado varias veces de las parihuelas para coger acá y acullá algunas yerbas o alguna planta de las que sólo él conocía la propiedad. Reunida su cosecha, el negro, llegado que hubieron al sitio de descanso, puso su preciosa colección en la oquedad de una peña, y con una piedra esférica trituró los simples que acababa de coger, poco más o menos como lo hubiera efec-

tuado en un almirez. Terminada esta operación, Laísa exprimió el jugo, mojó en él un lienzo, y levantando el apósito puesto la vispera, colocó sobre las dos llagas los cabezales nuevamente empapados; y decimos las dos llagas, porque por fortuna la bala no había quedado en la herida, sino que, después de haber penetrado por debajo de la última costilla izquierda, había salido un poco arriba de la cadera.

Pedro Munier siguió con ansiedad profunda la operación de Laísa. La herida, si bien grave, no era mortal; sobre que era visible, en la inspección de las carnes, y dando por supuesto que órgano alguno interno había sido lesionado, que la curación sería quizá más rápida que lo habría sido en manos de un médico. No por eso el desventurado padre dejó de pasar todas las angustias que tal vista tenía que despertar en él; Jorge, al contrario, con ser agudísimos los dolores que semejante cura le causaba, no frunció siquiera el ceño, y refrenó hasta el más leve estremecimiento de la mano que su padre le tenía cogida.

Hecha la cura y ya satisfecha el hambre, reanudaron todos la marcha hacia las grandes selvas, a las cuales urgía llegar; pero la pequeña tropa, retardada por el transporte del herido, difícilísimo a causa de la fragosidad del suelo, sólo podía avanzar lentamente y dejando tras sí, desde el punto de partida, huellas fáciles de seguir.

Tras una hora de marcha por la orilla del río de los Criollos, los fugitivos tomaron por la derecha y llegaron al linde del bosque, cada vez más cerrado, y por tanto de pasó más dificultoso, máxime para los conductores de las parihuelas.

Con todo eso, las dificultades con que luchaban los fugitivos para internarse en la selva eran casi para ellos una garantía de seguridad, cuanto más

que para sus perseguidores aquéllas tenían que ser todavía más insuperables, pues los que huían eran negros acostumbrados a tales carreras, y los soldados ingleses estaban sólo habituados a maniobrar en el campo de Marte y en el de Lort.

Los fugitivos llegaron no obstante a un sitio tan sumamente espeso, que toda tentativa de avance resultó inútil; por largo espacio siguieron aquella especie de muralla al través de la cual sólo el hacha pudiera haber abierto un camino; pero tal camino, despejado para los unos, también lo habría sido para los otros, y al abrir una vía a su fuga, la aparejaban también para su persecución.

Mientras estaban buscando, los negros dieron con un cobertizo de cazadores, bajo el cual humeaba todavía una fogata: era, pues, evidente que por las cercanías vagaba una cuadrilla de cimarrones que, a juzgar por la frescura de las huellas que dejado habían, debían de estar no muy distantes.

Láisa siguió las huellas de los cimarrones, y hábil, como buen salvaje, en este ejercicio, se agobió hasta el suelo, inspeccionó las yerbas dobladas por los pies de los que por allí pasaran, los alvéolos de los guijarros sacados de sitio por el choque de la planta humana, y las ramas desviadas de su inclinación por la presión del caminante, y por fin, llegó a un sitio sin huella alguna, sitio ceñido, de un lado, por un arroyo que bajaba de la montaña e iba a pagar tributo al río de los Criollos, y del otro por una aglomeración de rocas, piedras y malezas dispuestas en forma de muro, en lo alto del cual la selva parecía aun más cerrada. Láisa atravesó el arroyo y en vano buscó al otro lado de él las huellas que lo guiaron a la margen. Los negros, que tenían que ser numerosos, no habían, pues, pasado de allí. Láisa intentó y

consiguió encaramarse al muro; pero una vez en lo alto de él, vió la imposibilidad de hacer seguir tal camino a una tropa entre la que había muchos heridos. Bajóse, pues, y convencido de que aquellos en cuya busca se pusiera no podían andar muy lejos, dió las voces en las cuales los cimarrones suelen conocerse entre sí, y esperó. Poco después a Láisa le pareció que en lo más espeso de las malezas que cubrían las piedras que formaban el muro descrito, algo se movía. Láisa no se engañó, y fijando la mirada en la maleza, vió al través de las ramas dos ojos inquietos que, después de haber recorrido el horizonte que podían abarcar, se posaron en él; entonces Láisa renovó la señal, y al punto y como una serpiente se escurrió un hombre entre las disgregadas piedras: era un cimarrón. Ambos negros cruzaron algunas palabras, luego Láisa se reunió nuevamente a los suyos, los cuales, guiados por él, llegaron al sitio donde se hallaba el cimarrón, que había quitado del muro algunas piedras para abrir un paso que daba entrada a grandiosa gruta.

Los fugitivos pasaron de dos en dos al través de aquel desfiladero fácil de defender, y luego que hubieron entrado todos, el negro volvió las piedras a su sitio, sin dejar huella alguna; después se agarró a las malezas y a las aristas de las piedras, se encaramó a la pared y desapareció en la selva. Doscientos hombres acababan de introducirse en las entrañas de la tierra sin que la mirada más perspicaz pudiese adivinar por donde habían pasado.

Sea por una de tantas coincidencias en cuyos efectos el hombre no interviene para nada, sea, al contrario, por una larga y previsora labor de los cimarrones, es lo cierto que la cúspide de la montaña en las entrañas de la cual acababan de

desaparecer los fugitivos estaba defendida de un lado por una peña perpendicular parecida a una muralla, y, del otro, por un vallado gigantesco compuesto de trozas, bejucos y helechos, que era el que había detenido a Jorge y a los suyos; la única entrada verdaderamente transitable era, pues, la que hemos descrito, y, como hemos manifestado, estaba completamente velada por las piedras que la obstruían y por las malezas que cubrían las piedras: de ahí que los colonos armados por su propia cuenta, o las tropas inglesas que, por la del gobierno, perseguían a los cimarrones, hubiesen pasado una y otra vez por aquel sitio sin darse cata de aquella abertura, conocida tan sólo de los esclavos fugitivos.

Al otro lado del vallado o de la caverna, el aspecto del suelo era de todo en todo diferente. Verdad es que la selva continuaba siendo frondosísima, pero a lo menos era fácil abrirse un camino al través de ella.

Por lo demás, en aquellas vastas soledades no faltaba cosa alguna para atender a las primeras necesidades de la vida; de sesenta pies de altura se despeñaba una cascada que tenía su manantial en el teso del pitón, y después de reducirse a húmedo polvo contra las rocas que paulatinamente iba gastando en su incesante caída, dividíase en apacibles arroyos para desaparecer a poco trecho en las entrañas de la tierra y reaparecer más allá del recinto; abundaban allí el ciervo, el jabalí, los gamos, los micos y los hurones, y en los sitios donde los rayos del sol atravesaban las bóvedas de follaje se veían pamplemusas y otros árboles cargados de sabroso fruto.

De conseguir esconderse en su retiro, los fugitivos podían, pues, alentar la esperanza de vivir en él, sin que les faltase lo necesario, hasta haberse

curado Jorge, dejando para tal día el tomar éste una resolución que, fuere cual fuese, sus desventurados esclavos estaban decididos a seguirla a toda costa.

Pese a su herida, Jorge, que había conservado su consuetudinaria presencia de ánimo, examinó el retiro donde acababa de retraerse, y calculó todo el partido que podía sacarse de semejante posición para defenderla. Ya al otro lado de la caverna, Jorge hizo, pues, detener las parihuelas, y llamando con la mano a Laísa, le indicó de qué manera, después de haber defendido la abertura exterior de aquel desfiladero, podíase, por medio de una trinchera, defenderse la abertura interior, y, además, minar la caverna con la pólvora que tuvieran la precaución de llevarse de Moca. Sin pérdida de tiempo empezáronse, pues, los trabajos conducentes a la ejecución de aquel plan, pues Jorge no se forjaba ilusiones; según toda probabilidad no lo tratarían como a fugitivo vulgar, y tenía bastante orgullo para darse a entender que los blancos no se tendrían por vencedores hasta haberse apoderado de él.

Jorge presidió pasivamente las obras de defensa, y Pedro Munier activamente.

Interin, Laísa inspeccionaba la montaña que, como hemos dicho, estaba defendida por empalizadas naturales y rocas escarpadas que en un solo punto podían escalarse con escaleras de quince pies, y aun no se llegaba a ellas sino por un camino orillado de precipicios, camino que pudiera haberse defendido fácilmente a no ser tan reducido el número de los fugitivos, que necesitaban de todas sus fuerzas dentro de lo que podemos llamar ciudadela.

Laísa vió, pues, que los puntos más necesitados de vigilancia eran el que acabamos de manifestar

y la entrada de la caverna, y como la noche iba a cerrar, dejó diez hombres en aquel importante puesto, y se volvió para poner en conocimiento de Jorge cuanto observara en su excursión alrededor de la montaña.

Jorge se hallaba en una como choza apresuradamente labrada para él con ramaje; la trinchera estaba ya casi del todo abierta, y con ser cada vez más densa la oscuridad, continuaban trabajando activamente en ella.

En torno del recinto colocáronse veinticinco centinelas que tenían que ser relevados cada dos horas; Pedro Munier se quedó en su puesto de la caverna, y Laísa, después de haber puesto un nuevo cabezal a Jorge, se volvió al suyo.

Tales eran las disposiciones con que los fugitivos aguardaron los acaecimientos que indudablemente iba a traer la noche.

XXV

JUEZ Y VERDUGO

En efecto, en una guerra de sorpresas como la que iba a entablarse entre los sublevados y los adversarios que no podían menos de perseguirlos, la noche sobre todo había de ser el auxiliar del ataque y el terror de la defensa.

La en que acababan de entrar era hermosa y serena; sin embargo, la luna, en su menguante, no tenía que levantarse hasta las once.

Para hombres menos preocupados con el peligro y sobre todo menos habituados a tales aspectos, habría sido un espectáculo sublime la disminu-

ción progresiva de la luz en medio de las vastas soledades y del agreste paisaje que hemos intentado describir. La oscuridad subió primeramente de los sitios inferiores, elevándose como una marea a lo largo de los árboles, en las laderas de las peñas, en las vertientes de las montañas, llevando el silencio con ella, y rechazando poco a poco las postreras claridades del día, que se refugiaron en el ápice del pitón, se mecieron en él por un instante como las llamas de un volcán, y por fin se apagaron en aquel mar de tinieblas.

Con todo eso, para ojos acostumbrados a la noche, aquella oscuridad no era completa; para oídos avezados a la soledad, aquel silencio no era absoluto. La vida nunca se apaga del todo en la naturaleza; a los ruidos del día suceden los ruidos de la noche; por entre el gran murmurio que, al confundirse, producen el rehilarse de las hojas y el lamento de los arroyos, pasan otros rumores, los de la voz o el paso de los animales de las tinieblas: voces sombrías, pasos furtivos e inesperados que causan aún en los corazones más firmes una misteriosa emoción que el raciocinio no acierta a combatir, faltar como está del auxilio de la vista.

Ahora bien, ninguno de aquellos confusos rumores pasaba inadvertido a Laísa: cazador salvaje, y, por tanto, hombre de la soledad y viajero de la noche, la noche y la soledad encerraban pocos misterios para sus ojos y pocos secretos para sus oídos: conocía el roer del topo, el paso del ciervo al encaminarse a su dormida, y el aletear del murciélago. Así transcurrieron dos horas sin que ruido alguno fuese poderoso a arrancarlo de su inmovilidad.

Lo singular era que en aquella parte de la montaña, donde ahora estaban reunidos unos doscientos hombres, reinaba el silencio más absoluto, y,

al parecer, la soledad más completa. Los doce negros de Laísa estaban abocinados, por manera que apenas si él mismo los veía en medio de la oscuridad, todavía más densa a causa de los árboles. Aunque algunos de ellos dormían, no parecía sino que durante su sueño la prudencia les retenía el aliento, tan remisamente lo exhalaban. En cuanto a Laísa, en pie y arrimado a un tamarindo cuyas flexibles ramas resaltaban sobre el camino que ceñía las rocas y sobre el precipicio que se extendía a la otra parte del camino, podía desafiar a la mirada más lince a que lo viese pegado al tronco de aquel gigantesco árbol, con el cual, gracias a la negrura y al color de su piel, se confundía enteramente.

Laísa, al cabo de una hora de inmovilidad y silencio, oyó a sus espaldas el ruido que levantaban los pasos de algunos hombres al andar por un suelo sembrado de guijarros y de yerbas secas; pero como los pasos no eran furtivos, comprendió que los que llegaban eran una patrulla, y se volvió con indolencia. En efecto, Laísa, acostumbrado a calar las tinieblas, a poco vió seis u ocho hombres, al frente de los cuales iba Pedro Munier, a quien conoció en su elevada estatura y en su traje.

Laísa se quitó del árbol a que estaba arrimado, y llegándose a Munier, le preguntó:

—¿Han regresado los hombres que ha enviado usted a la descubierta?

—Sí; los ingleses nos persiguen.

—¿Dónde están?

—Hace una hora estaban acampados entre el picacho del Centro y el manantial del río de los Criollos.

—¿Están sobre nuestras huellas?

—Sí; y es probable que mañana sabremos de ellos.

—Antes—repuso Laísa.

—¿Por qué antes?

—Si nosotros hemos puesto en campaña a nuestros exploradores, ellos han hecho lo mismo.

—¿Y bien?

—Por las cercanías están rondando algunos hombres.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿ha oído usted sus voces? ¿ha conocido usted sus pasos?

—No; pero he oído pasar un ciervo, y en la velocidad de su carrera he conocido que lo impulsaba el espanto.

—¿Luego usted cree que nos están espionando?

—Estoy seguro de ello... ¡Silencio!

—¿Qué pasa?

—Escuche usted.

—En efecto, oigo ruido.

—Es el vuelo de un gallo silvestre que está a doscientos pasos de nosotros.

—¿Hacia qué lado?

—Hacia aquel—respondió Laísa tendiendo la mano en dirección de una mata de árboles de los que se veían salir las cimas del fondo de la torrentera.—Ahora abate su vuelo a treinta pasos de nosotros, al otro lado del camino que pasa por el pie de la peña.

—¿Y usted cree que el que lo ha hecho levantar es un hombre?

—Uno o algunos—respondió Laísa;—no puedo puntualizar cuántos sean.

—No es esto lo que quise decir. ¿Usted cree que al gallo lo ha despavorido un ser humano?

—Los animales conocen instintivamente el ruido que hacen los otros animales, y no se asustan de él.

—¿Así, pues?

—Se acercan.—Y bajando la voz, el negro añadió:—¿Oye usted?

—¿Qué?—preguntó el anciano, también en voz baja.

—El ruido de una rama seca que acaba de romperse bajo la planta de uno de ellos... Silencio, pues se hallan ahora bastante cerca de nosotros para oír el rumor de nuestra voz. Escóndase usted tras el tronco de aquel tamarindo; yo me vuelvo a mi sitio.

Dichas estas palabras, Laísa tornó al sitio que hacía poco abandonara, mientras Pedro Munier se escondía tras el árbol, y los negros que lo acompañaban, confundidos en la oscuridad, permanecían en pie, mudos e inmóviles como estatuas.

Por breve espacio reinó el más profundo silencio, pero pocos segundos después oyóse el ruido de un guijarro al rodar a las profundidades del precipicio.

Laísa sintió en su rostro el aliento de Pedro Munier, que indudablemente iba a decirle algo; pero el anciano no despegó los labios gracias a haberle el negro apretado con fuerza y por vía de aviso el brazo.

En aquel mismo instante el gallo silvestre levantó nuevamente el vuelo, y pasó cacareando por encima de la copa del tamarindo en dirección a las elevadas regiones de la montaña.

El espía se hallaba a unos veinte pasos de aquellos de quienes indudablemente buscaba las huellas.

Laísa y Pedro Munier retenían el aliento; los demás negros parecían de mármol.

En esto una luz argentada empezó a iluminar las cimas de las montañas que, al través de los claros del bosque, se veían en lontananza, y a no tardar la luna pareció tras el morro de los Criollos y empezó a subir sobre el horizonte.

Al contrario de las tinieblas, que de abajo pasaban arriba, ahora la luz pasaba de arriba abajo, si bien no alumbraba más que los sitios descubier-

tos, dejando, aparte de algunas porciones de terreno aclaradas al través del follaje, el resto del bosque en la oscuridad más profunda.

En esto se movieron ligeramente las ramas de un brezo que se hacía a orilla del camino en lo alto del talud, cuya rápida pendiente llevaba, como hemos dicho, a un precipicio; luego poco a poco separáronse las ramas y dieron paso a la cabeza de un hombre.

No obstante la oscuridad, menos densa por otra parte en aquel sitio no cubierto por el follaje de árbol alguno, Pedro Munier y Laísa notaron el movimiento impreso a la mata, y se estrecharon las manos.

El espía permaneció inmóvil por breve espacio; luego alargó otra vez el cuello, interrogó con la mirada y con el oído el trozo descubierto, se avanzó un poco, y tranquilizado por el silencio, para él señal indefectible de la soledad, se incorporó sobre sus rodillas, escuchó de nuevo, y no viendo ni oyendo cosa alguna, acabó por levantarse del todo.

Laísa apretó aún con más fuerza la mano de Pedro Munier para recomendarle la mayor prudencia, pues, para él era ya indudable que aquel hombre buscaba sus huellas.

Con efecto, llegado que hubo al borde del camino, el noctívago se agachó otra vez, inspeccionó el suelo para ver si descubría el vestigio de la marcha de numerosos hombres, tocó con la palma de la mano el césped para cerciorarse de si estaba ajado, y con las yemas de los dedos los guijarros para ver si habían sido removidos en sus álveos, y por último y como si también el aire pudiese haber conservado las huellas de aquellos a quienes buscaba, irguió la cabeza y fijó los ojos en el tamarindo tras el tronco del cual y a su sombra estaba escondido Laísa.

En esto un rayo de luna pasó entre las cimas de dos árboles e iluminó el rostro del espía.

Laísa soltó entonces la mano de Pedro Munier, dió un portentoso salto, se asió a la extremidad de una de las más flexibles ramas del árbol que los abrigaba, se zambulló en el aire con la rapidez del águila que abate el vuelo, hasta el pie de la roca, agarró al espía por la cintura, y dando de una patada nuevo impulso a la rama, que se enderezó, subió con él como sube el águila con su presa; luego dejó escurrir la mano a lo largo de la lisa y pulida rama, y se dejó caer en medio de sus compañeros, sin soltar al espía, que con un cuchillo hacía vanos esfuerzos para herir a su vencedor, como la serpiente los hace para morder a la reina de los aires, que de lo profundo de un pantano se la lleva a su nido lindante con el cielo.

Entonces y a pesar de la oscuridad todos conocieron a la primera mirada al prisionero, que era Antonio el malayo, el cual no había lanzado siquiera una voz; tan rápida e inesperadamente pasara lo que acabamos de referir.

Por fin, tenía Laísa en su poder a su enemigo de muerte; por fin, iba a castigar de un golpe al traidor y al asesino.

Laísa oprimía con sus rodillas a Antonio y lo miraba con la terrible ironía del vencedor, mirada en la cual el vencido puede comprender que no le queda esperanza alguna, cuando prontamente y en lontananza se oyó el ladrar de un perro.

Sin aflojar la mano con que oprimía el cuello de Antonio ni la con que le sujetaba la muñeca, Laísa levantó la cabeza y prestó oído atento del lado de donde el ladrido procedía, mientras entre sus dedos sentía estremecerse al malayo.

—Cada cosa en su tiempo—susurró Laísa como hablando consigo mismo. Y dirigiéndose a los ne-

gros que lo rodeaban, añadió:—Amarrad a ese hombre a un árbol; es preciso que el señor Munier y yo nos pongamos de acuerdo.

Los negros cogieron a Antonio por los pies y por las manos y lo amarraron a un tacamaco con unos bejucos.

Laísa, luego que se hubo cerciorado de que Antonio estaba bien amarrado, condujo aparte a Pedro Munier, y tendiendo la mano en dirección al sitio donde se oyera por primera vez el ladrido de un perro, le dijo:

—¿Ha oído usted?

—¿Qué?—preguntó el anciano.

—El ladrido de un perro.

—No.

—Escuche usted, se acerca.

—Ahora lo he oído.

—Nos cazan como ciervos.

—¿Qué! ¿tú crees que nos persiguen?

—¿Y quién quiere usted que sea?

—Algún perro escapado que caza para sí.

—Al fin, todo es posible—susurró Laísa.—Escuchemos.

Poco después se oyó en el bosque y más cercano que el primero, un nuevo ladrido.

—Nos persiguen a nosotros—dijo Laísa.

—¿En qué lo conoces?

—En que no es el ladrido de un perro de caza—respondió el negro,—sino el aullido de un perro que busca a su amo. Los demonios habrán encontrado en la choza de algún negro un perro encadenado, y lo habrán tomado por guía; si el negro está con nosotros, henos perdidos.

—Es la voz de *Leal*—susurró Pedro Munier estremeciéndose.

—Es verdad, ahora lo conozco—dijo Laísa.—Ya lo oí: es el perro que aulló anoche, cuando llevamos a Moca al señor Jorge.

—Sí, y se me olvidó traérmelo cuando partimos ; sin embargo, si fuese *Leal*, paréceme que vendría con más rapidez. Escucha cuán lentamente se acerca su voz.

—Es que lo llevan atraillado y lo siguen ; puede que sirva de guía a todo un regimiento.—Y sonriéndose por manera sombría, el negro de Anjuán añadió :—No hay que culpar al pobre animal, no puede andar más aprisa ; pero no tema usted, llegará.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó el anciano.

—Si algún buque esperase a usted en Puerto Grande, como sólo nos separan de él ocho o diez leguas, todavía podrían ustedes llegar a tiempo ; pero por este lado no tienen ustedes probabilidad alguna de salvación, ¿no es eso?

—Ninguna.

—Pues no cabe sino defenderse, y, si es posible, morir defendiéndose.

—Ven, pues—profirió Pedro Munier, recobrando todo su valor desde el instante en que sólo había que luchar ;—ven, pues el perro los conducirá a la abertura de la caverna, y cuando lleguen a ella todavía no habrán entrado.

—Vaya usted, pues, a las trincheras—dijo Laísa.

—¿Por qué no te vienes conmigo?

—Porque es menester que me quede aquí algunos minutos más.

—¿Pero te reunirás a nosotros?

—Al primer fusilazo vuélvase usted y me hallará a su lado.

Pedro Munier tendió la mano a Laísa, pues el peligro común había borrado toda distancia, se echó su fusil al hombro, y, seguido de su escolta, se encaminó apresuradamente a la entrada de la caverna.

Laísa siguió con la mirada al anciano, y, luego

de haberlo perdido de vista, se llegó adonde Antonio, a quien dijo :

—Ahora vamos a habérmelas los dos.

—¿Los dos?—repuso el malayo con voz trémula.—¿Qué quiere Laísa de su amigo, de su hermano?

—Que recuerde lo que se dijo, la noche del Yamsé, a orillas del río de las Latanias

—Dijéronse allí muchas cosas, y mi hermano Laísa estuvo muy elocuente, como lo prueba el que todos se rindieron a su parecer.

—Y entre las cosas que se dijeron, ¿recuerda Antonio el castigo que de antemano se impuso a los traidores?

Antonio se estremeció de los pies a la cabeza, y a pesar del color cobreño de su piel, a ser de día se le habría visto palidecer.

—Parece que mi hermano ha perdido la memoria—continuó Laísa con acento de ironía terrible ;—pues bien, yo voy a devolvérsela. Lo que en aquella noche se dijo fué que si entre nosotros había algún traidor, todos y cada uno de nosotros podíamos darle la muerte que bien nos pareciese, pronta o lenta, suave o dolorosa. ¿Son estas las palabras del juramento? ¿las recuerda mi hermano?

—Sí—respondió Antonio con voz apenas inteligible.

—Pues responde a la pregunta que voy a dirigirte.

—No te reconozco el derecho a interrogarme ; no eres mi juez—exclamó Antonio.

—¿No? pues entonces no te interrogaré a ti—repuso Laísa. Y volviéndose hacia los negros que estaban tendidos en torno de él en el suelo, añadió :

—Levantaos y responded.

Los negros obedecieron y formaron silenciosamente un semicírculo ante el árbol al que Antonio estaba amarrado.

—Son esclavos—exclamó Antonio,—y a mí no pueden juzgarme esclavos, pues no soy negro, y soy libre; si he cometido un crimen, corresponde al tribunal juzgarme, no a vosotros.

—Basta—profririó Laísa.—Primeramente vamos a juzgarte; luego apelarás de la sentencia a quien te plazca.

Antonio se calló, y durante el silencio que siguió a las últimas palabras de Laísa, se oyeron los cada vez más cercanos ladridos del perro.

—Ya que el culpado se obstina en no responder—dijo Laísa a los negros que rodeaban a Antonio,—a vosotros os toca hacerlo por él. ¿Quién denunció la conspiración al gobernador porque otro que no él fué nombrado jefe de ella?

—Antonio el malayo—respondieron los negros con voz sorda, pero unánime.

—¡No es verdad!; no es verdad!; lo juro!; protesto!—exclamó Antonio.

—¡Cállate!—prorrumpió Laísa con voz de imperio. Luego dirigiéndose a los negros, añadió:—¿Quién, después de haber denunciado la conspiración al gobernador, ha hecho fuego contra nuestro jefe, al pie de la montaña?

—Antonio el malayo—respondieron los negros.

—¿Quién me vió?—preguntó Antonio.—¿Quién se atreve a decir que soy yo? ¿Quién, en medio de las tinieblas de la noche puede diferenciar un hombre de otro hombre?

—¡Cállate!—repitió Laísa. Y tomando nuevamente el mismo acento tranquilo e interrogador, prosiguió:—En una palabra, ¿quién, después de haber denunciado la conspiración al gobernador e intentado asesinar a nuestro jefe, ha venido esta noche, arrastrándose cual serpiente, para descubrir una abertura por la cual pudiesen entrar aquí los soldados ingleses?

—Antonio el malayo—repitieron los negros con el mismo acento de convicción que las dos veces primeras.

—Venía a reunirme a mis hermanos—profririó Antonio;—venía para compartir con ellos su suerte, lo juro.

—¿Creéis lo que dice?—preguntó Laísa.

—¡No!; no!—respondieron los negros.

—Por favor, escuchadme, amigos míos, mis buenos amigos—dijo el malayo.

—¡Cállate!—tornó a repetir Laísa. El cual y con el acento solemne que hasta entonces, y que indicaba la grandeza del cometido que se había impuesto, continuó:—Antonio es, pues, traidor, no una, sino tres veces; por tanto, si tres veces pudiese morirse, tendría que ser otras tantas condenado a muerte. Antonio, disponte a comparecer ante el Grande Espíritu, porque vas a morir.

—Esto es un asesinato—aulló el malayo,—y no tenéis derecho alguno a asesinar a un hombre libre; por otra parte los ingleses no pueden andar lejos, y llamaré, y gritaré. ¡A mí!; a mí!; ¡quieren degollarme!; quieren!...

Laísa cogió por el cuello al malayo y ahogó sus voces entre sus férreos dedos; luego volvió la cabeza hacia los negros, y dijo:

—Preparad una cuerda.

Antonio, al oír esta orden, que le presagiaba la suerte que le esperaba, hizo un esfuerzo tan colosal, que rompió parte de las ligaduras que lo sujetaban, pero no pudo deshacerse de la mano de Laísa. El cual, comprendiendo a poco, en las convulsiones que sentía correr por el cuerpo de Antonio, que de continuar apretándolo de tal suerte, no habría para qué emplear la cuerda, soltó al malayo, que dejó inclinar la cabeza sobre el pecho como quien agoniza.

—Te he ofrecido dejarte tiempo para comparecer ante el Grande Espíritu—profirió Laísa ;—tienes diez minutos para prepararte.

Antonio intentó pronunciar algunas palabras ; pero no lo consiguió.

—¿Dónde está la cuerda?—preguntó Laísa, al oír los cada vez más próximos ladridos del perro.

—Tómala—respondió un negro, entregando a Laísa el objeto que éste pidiera.

Laísa, que, terminado el oficio de juez, se dispuso a desempeñar el de verdugo, cogió una de las más robustas ramas del tamarindo, ató fuertemente en ella uno de los extremos de la sogá, hizo en el otro extremo un lazo corredizo, ordenó a dos de los suyos que sujetasen la rama, y cerciorado que se hubo de que Antonio, a pesar de la rotura de dos o tres bejucos que lo sujetaban, estaba todavía amarrado, le incitó nuevamente a que se preparase a morir.

Ahora el malayo tenía expedito el uso de la voz ; pero en vez de servirse de ella para implorar la misericordia divina, hizo un postrer llamamiento a la compasión de sus jueces, diciendo :

—Y bien, sí, hermanos y amigos míos, soy culpado, y estáis en vuestro derecho al tratarme como me tratáis ; pero perdonaréis a vuestro antiguo compañero, al que os divertía en las veladas, al pobre Antonio, que tan lindas historias os refería y tan alegres canciones os cantaba. ¿Qué va a ser de vosotros sin él? ¿quién os hará reír? ¿quién os distraerá? ¿quién os hará olvidar la fatiga del día? Gracia, amigos míos, gracia para el pobre Antonio. No me quitéis la vida, os lo pido de rodillas.

—Piensa en el Grande Espíritu—dijo Laísa,—pues no te quedan sino cinco minutos de vida.

—¡ Oh Laísa, mi buen Laísa !—repuso el mala-

yo con voz de súplica,—en vez de cinco minutos dame cinco años, y durante ellos seré tu esclavo : te seguiré a todas partes, estaré incesantemente a tus órdenes, y si no las acato, a la más leve falta, castígame, y soportaré el látigo, la vara y la cuerda sin quejarme, y diré que eres mi buen amo, pues me habrás dado la vida. ¡ Oh ! ¡ la vida ! ¡ Laísa, la vida !

—¿ Oyes esos ladridos?—preguntó Laísa.

—Sí ; ¿ pero tú crees que he sido yo quien ha aconsejado que lo desataran? No, no he sido yo, te lo juro.

—Nadie más que tú puede haber sido—replicó Laísa ;—la idea de valerse de un perro para perseguir a su propio dueño, no se le habría ocurrido ni a un blanco.

Antonio lanzó un profundo suspiro, y cual si hubiese esperado ablandar a su enemigo a fuerza de humildad, repuso :

—Bueno, sí, fui yo. El Grande Espíritu me había abandonado, quitádome la razón el orgullo de la venganza. A un loco hay que compadecerlo, Laísa ; en nombre de tu hermano Nazim, perdóname.

—¿ Y quién denunció a mi hermano, cuando intentó fugarse, sino tú? En mala hora has pronunciado tal nombre. Ea, ya han transcurrido los cinco minutos, y vas a morir.

—¡ No, no, no !—exclamó el malayo,—no quiero morir. Gracia, Laísa, gracia ; gracia, amigos míos.

Pero Laísa cerró los oídos a los lamentos, a las súplicas del condenado, tiró de su cuchillo, cortó de un tajo las ligaduras que sujetaban a Antonio, y ordenó a los negros que soltasen la rama, que se enderezó levantando con ella al infeliz malayo, que lanzó una voz suprema, terrible, una voz en la cual parecían haberse reunido todas las fuerzas

de la desesperación y que fué a perderse lúgubre, solitaria, desolada, en el corazón de las selvas; todo había concluído; el cuerpo de Antonio no era más que un cadáver que, al extremo de una sogá, oscilaba encima del precipicio.

Láisa permaneció inmóvil por breve espacio, mirando el cada vez más pausado movimiento de vibración de la cuerda, y cuando ésta trazó sobre el azul del firmamento una línea perpendicular, prestó oído atento para escuchar los ladridos del perro, que ya no se hallaba más que a unos quinientos pasos de la caverna, y, levantando del suelo su fusil, se volvió hacia los negros y les dijo:

—Ya estamos vengados, amigos míos; ahora podemos morir.

Y precediéndoles con paso acelerado, se encaminó con ellos a las trincheras.

XXVI

CAZA DE NEGROS

Láisa no se engañó: el perro, al seguir las huellas de su amo, condujo derechamente a los ingleses a la boca de la caverna, y, llegado a ella, se lanzó en medio de los brezos y se puso a rascar y a morder las piedras, dando con ello a comprender a los ingleses que aquel era el término de su expedición.

Al punto adelantáronse algunos soldados provistos de picos, y poco después quedó abierto en el muro un boquete por el cual podía pasar un hombre.

Un soldado metió el cuerpo por la abertura para inspeccionarla, e inmediatamente cayó con el pecho atravesado por una bala de fusil; otro soldado sucedió al primero, y corrió igual suerte, y otro murió también tras el segundo.

Era patente que los sublevados, al dar ellos mismos la señal de ataque, estaban resueltos a una defensa desesperada.

Los asaltantes empezaron a tomar precauciones, y abrigándose cuanto pudieron, agrandaron la brecha a fin de que pudiesen pasar algunos de frente; luego redoblaron los tambores, y los granaderos entraron con la bayoneta calada. Era tal, sin embargo, la ventaja de la posición de los sitiados, que en un credo la brecha quedó sembrada de cadáveres, a los cuales hubo necesidad de retirar para hacer sitio a un nuevo asalto. Ahora los ingleses penetraron hasta el centro de la caverna, pero fué para perder todavía más hombres; abrigados tras la trinchera que Jorge hiciera construir, los negros, dirigidos por Pedro Munier y Láisa, disparaban sus fusiles a mansalva. Jorge, retenido por su herida, tendido en su choza, maldecía la inactividad a que estaba reducido; el olor a pólvora que lo envolvía, el traquido de los fusiles, el incessante taparapatán de los tambores ingleses, le daban la ardiente calentura de la lucha, calentura que hace que el hombre se juegue la vida porque sí. Pero ahora era muy distinto, no era una causa extraña la que se debatía, ni el capricho de un rey, ni el honor de una nación, sino su propia causa, causa defendida por los negros. Así es que el joven mulato, el hombre de corazón animoso, el hombre emprendedor, al ver que ni en la acción ni en el consejo nada podía, mordía el colchón sobre el cual estaba tendido y lloraba de rabia.

Los ingleses, en el segundo ataque, al llegar al